

TREINTA y cinco Gobiernos en treinta y tres años: se dice que Italia es ingobernable. Se fabrica una ficción: los Gobiernos apenas llegan a un año de vida... En realidad, Italia ha tenido desde su liberación —en 1945— y hasta hoy trece presidentes del Consejo: puede decirse que cada uno de ellos —cambiando ministros, modificando el Gabinete— ha gobernado algo más de dos años y medio. Si la cifra todavía parece poco estable, para los aficionados a los gobiernos largos, puede decirse que todos los Gobiernos han sido presididos por la Democracia Cristiana, con alguna levisima excepción —Parrí, antifascista, republicano, presidente del Partido de Acción, presidió el primer Gobierno de la posguerra— lo que invierte considerablemente los términos: un solo partido lleva gobernando Italia treinta y tres años, con algunas coaliciones. En las primeras, estuvieron prácticamente todos los partidos antifascistas, incluyendo a los comunistas —como pasó en Francia con los Gobiernos provisionales del general De Gaulle— como consecuencia de una situación de posguerra y de la herencia de las guerrillas antifascistas. El Partido Comunista desapareció en 1948 y no ha vuelto más al poder. Fue durante el Gobierno de Alcide de Gasperi, el hombre fuerte de la DC: sus Gobiernos duraron nueve años y marcaron Italia hasta ahora, la configuraron en un sistema de centro-derecha católico del que no sabe cómo salir. La DC está vertebrada sobre tres fuerzas: los Estados Unidos, la Cofindustria —un consejo nacional del patronato—, la Iglesia católica. En 1962, la Democracia Cristiana aceptó la idea de que las fuerzas conservadoras necesitaban un apoyo en la izquierda para que el "sector social" estuviera representado y limitase sus protestas. La DC había ido depurando sus alianzas originales hasta gobernar sola. Al principio, había formado una gran coalición cuatripartita: DC, PCI, Partido Socialista Italiano, PRI (republicanos). Cuando despejó a los comunistas por imperativos de la guerra fría y de la acción imperial de los Estados Unidos, se apoyó en partidos de centroizquierda hasta que la DC llegó a los Gobiernos "monocolores", de su solo partido. Con la "apertura a izquierda", se apoyó en los socialistas, que han estado presentes en los últimos años. Hasta el pasado, en el que volvió al gobierno "monocolor", pero con una acción importante: el pacto con los partidos del "arco constitucional", sobre un embrión de programa común. La rotura de la "no desconfianza" es la que ha provocado la actual crisis. Y Andreotti, presidente del Gobierno dimisiona-



Quizá lo más importante de esta crisis es la advertencia de Berlinguer de que muy bien se podía formar una coalición de Gobierno con exclusión de la DC.

Italia

DEMASIADA ESTABILIDAD

rio —presidente por tercera vez de un Gobierno italiano— ha sido encargado de formar Gobierno de nuevo.

Difícilmente, con estas páginas de Historia en la mano, se puede decir que Italia es un país inestable, y un país ingobernable. Sucede lo contrario: un solo partido ha gobernado el país durante treinta y tres años, y este partido ha representado al gran capital, a los Estados Unidos y a la Iglesia católica (por la vía de Acción Católica). De lo que sufre Italia es de un exceso de gobierno, de una permanencia de estructuras que no se adaptan a la vida social y de un cierre continuo a las aspiraciones de la izquierda. En todo ello se ha ido quemando el partido dominante, la Democracia Cristiana.

¿Es su final? Quizá lo más importante de esta crisis abierta es una advertencia comunista: el martes de la semana pasada, Berlinguer —secretario general del PCI— advirtió que se podía muy bien formar una coalición de Gobierno que no incluyera ningún miembro de la Democracia Cristiana. Es una novedad importante. Hasta ahora, se es-

tá manteniendo la idea de que no hay posibilidad de formar Gobierno sin Democracia Cristiana. También se dice que no se puede gobernar sin los comunistas, pero la DC no está dispuesta a formar Gobierno con ellos. Existe el veto imperial, como se sabe. Un veto providencial, puesto que permite culpar al imperio de esta situación, que en realidad no aceptan ni los patronos ni el Vaticano. El PCI viene desde hace años tratando de penetrar en el Gobierno contando con la DC, por medio de lo que llaman "compromiso histórico". Declarar ahora, como lo hace, que podría desaparecer la DC del Gobierno significa, hasta un cierto punto, un cambio radical de posición, cuya principal fuerza sería la de provocar en la DC un movimiento a favor del "compromiso histórico". Otra de sus intenciones es la de advertir a la DC que, caso de imposibilidad de formar Gobierno, habría que disolver el Parlamento y convocar elecciones generales. Berlinguer advierte al Presidente de la República que en el Parlamento se puede formar una mayoría coherente —una mayoría de izquierda-centro— que

podría gobernar inmediatamente. El PCI es el segundo partido del país —y el primer Partido Comunista de Europa—: obtuvo en las últimas elecciones un 34 por 100, frente al 39 por 100 de la Democracia Cristiana. En las elecciones municipales siguientes consiguió alcaldías y mayoría de concejales que se calculan en más de un 52 por 100 de toda Italia. Mantenerlo fuera del poder es, a todas luces, irracional.

Naturalmente, la hipótesis de que el presidente del Gobierno italiano encargase de formar Gobierno a Berlinguer o a un comunista independiente —como Argan, alcalde de Roma— es imposible. Podría encargarlo a un republicano independiente o a un socialista, contando con que ellos llegaran a la formación de un Gobierno de salvación nacional —como se dice—, con o sin la DC —sin: la DC no aceptaría formar parte de un Gobierno con comunistas—, pero no parece tampoco muy posible: estos dos partidos no están tampoco muy dispuestos por ahora a gobernar con comunistas. Las amenazas patronales e imperiales, la presión de la Iglesia, siguen siendo muy fuertes. Un Gobierno socialista con comunistas podría precipitar una baja en la Bolsa, una huelga de inversiones, una retirada de las ayudas internacionales controladas por los Estados Unidos —Mercado Común, Fondo Monetario Internacional, etcétera— y el cierre inmediato de las puertas de la OTAN. Cabe preguntarse en este punto si el eurocomunismo italiano, como táctica, ha servido para algo. La contestación más inmediata es la de que todavía no. Con el prefijo euro o sin él, con todo su colaboracionismo —llamado así por los disidentes de izquierda— en el aspecto económico y social y en las leyes represivas, con su abandono de la dictadura del proletariado y del internacionalismo, con sus viejas distancias con respecto a la URSS, el PCI puede haber convencido a votantes de izquierda, ahuyentado izquierdistas, asustado a los sindicatos y a la clase obrera: puede haberse, incluso, aproximado al Poder. Pero no ha convencido a la clase dominante ni a los Estados Unidos, no ha penetrado en la Iglesia ni en el patronato, no ha dulcificado las reservas de los socialistas y de los otros partidos de la izquierda. Todavía no. Es un movimiento reciente, las resistencias son muy duras y quizá necesite años. Si los tiene. Los indicios actuales son los de que ha endurecido su posición: es él quien ha provocado la crisis, y es él quien amenaza a la Democracia Cristiana con dejarla aislada del Gobierno en el supuesto de que pudiera formarse una mayoría parlamentaria sin ella.

La cuestión está en el tiempo. La DC va perdiendo lentamente votos en todas las elecciones y en algunos referéndum —el que se celebró sobre el divorcio le supuso una catástrofe— no sólo por su envejecimiento en el Poder y su incapacidad para abordar cuestiones nuevas de la sociedad, sino también porque se ha expandido la idea de su corrupción, de su entrega al gran capital, de la intromisión de sus miembros en todos los negocios. Mientras, el PCI va aumentando el número de electores, y también el PSI. Puede decirse que Italia hoy es un país de izquierdas, acentuadamente de izquierdas, gobernado por una derecha llamada centro.

La solución que está buscando Andreotti durante esta semana se parece mucho a la fórmula anterior, a la fórmula derrotada. Trata de formar otra vez Gobierno sin los comunistas: aunque esta vez podría incluir miembros de los otros partidos, en lugar de formar un Gobierno "monocolor". Tanto él como otros partidos son conscientes de que no podría gobernar —y menos ante problemas urgentes y graves— frente a una oposición comunista; sobre todo, frente a una oposición comunista que abandonase sus posiciones de resignación y conciliación y apareciera endurecida. Incluso a costa de abandonar algunas de las premisas del eurocomunismo. Se trataría —se está tratando en las consultas de esta semana, y en las reuniones de las direcciones de los partidos— de encontrar una fórmula por la cual los comunistas estuvieran en el Gobierno sin estarlo. Esa fórmula sólo puede ser la de un nuevo pacto: un programa económico y social que tuviera el acuerdo del PCI, de forma que éste no obstruyese su cumplimiento en el Parlamento y en la calle. Quedaría así en un papel de árbitro de la situación y de guardián del pacto: o se cumple en todos sus extremos —extremos aceptados de antemano— o se retira de él. Todo esto ha sucedido ya: en diciembre, el PCI se retiró del pacto existente. ¿Va a aceptar ahora? Quizá el nombramiento de comunistas para algunos puestos paraguamamentales, desde los que pudiera controlar la situación, podría ser ahora una nueva atracción para el partido.

Y sería, también, un futuro muy inestable. Que volvería a plantear la cuestión de que sin los comunistas no se puede gobernar. Y sin los católicos de la DC, tampoco...

La realidad es que los comunistas ya han cambiado, y han demostrado mucha más plasticidad que el centro y las derechas para adaptar-



Ugo La Malfa, presidente del Partido Republicano italiano.



Giulio Andreotti: el veto americano acudió en su ayuda.



Craxi, los socialistas también tienen algo que decir.

se a las nuevas condiciones de su país, de Europa y del mundo. Para mal o para bien, pero lo han hecho. Mientras los católicos y la gran derecha son incapaces de salir de sus posiciones.

La solución pactada de esta crisis, si se produce, apenas servirá para un año más. Dentro de un año, la situación de la DC puede haberse clarificado —en un sentido negativo para ella: en la pérdida de peso—; y también la de los socialistas que se resisten a una izquierda unificada. Pero el gran veto tripartito, el del imperio, el capital y la Iglesia puede seguir existiendo, y bloqueando las salidas más abiertas.

Esta es la razón de las crisis italianas, más crisis de sociedad que de gobierno: no la inestabilidad, sino la obligación de seguir manteniendo un equilibrio inestable, ya roto. ■

El Partido Socialista Galego puntualiza

ACOGIENDOME al derecho de réplica que me otorgan el artículo 58 y siguientes de la Ley de Prensa 14/66 de 18 de marzo de 1966 y como miembro de la Secretaría General Colegiada del Partido Socialista Galego (PSG), ruego haga públicas las siguientes puntualizaciones al artículo de don Santiago Alvarez, secretario general del Partido Comunista de Galicia, titulado "Sobre el régimen preautonómico de Galicia", y publicado en el número 780 de la revista que usted dirige:

1.—El Partido Socialista Galego (PSG), nacido en 1963 e inscrito con dicho nombre y siglas en el Registro de Asociaciones Políticas en 1977, es un partido completamente independiente del PSOE, al que se asimila en dicho artículo mediante una utilización errónea de siglas incomprensible en alguien que ocupe la Secretaría General del PC de G (PCE).

2.—El Partido Socialista Galego (PSG) ha interpuesto una reclamación ante el Ministerio del Interior por la confusión que puede suponer el intento de cambio de nombre de la Federación Socialista Gallega del PSOE por el de Partido Socialista de Galicia, con siglas PS de G (PSOE). Los problemas planteados por este hecho fueron ampliamente difundidos en la prensa y no los ignora el señor Santiago Alvarez.

3.—El PC de G (PCE) es el único partido que reiteradamente viene utilizando dichas siglas para referirse al PSOE, cuando las agrupaciones de éste, salvo conocidas excepciones, las están evitando para no crear fricciones entre partidos por algo que de hecho no es sino una suplantación de personalidad y la apropiación de unas siglas acuñadas en defensa de los trabajadores gallegos desde hace quince años. Esta actitud del Partido Comunista de Galicia, que contribuye a fomentar la confusión, pone de manifiesto que el oportunismo es el único criterio para la utilización de sus propias siglas, ya que ni siquiera se ha constituido e inscrito con tal nombre.

En cuanto a las observaciones sobre la preautonomía de Galicia, contrariamente a lo que afirma don Santiago, sólo son en parte comunes a las de los demás partidos actuantes en Galicia, por cuanto:

1.—La participación en la Xornada por la Autonomía de Galicia, no suponía la defensa de ningún proyecto concreto de preautonomía ni apoyo alguno a la Asamblea de Parlamentarios, sino la reivindicación de una conquista del pueblo gallego en 1936.

2.—Por la misma razón, la reivindicación de la lengua y bandera nacionales tampoco suponía la aceptación de la concepción subyacente en dicho proyecto, sino la simple exigencia de un derecho del pueblo gallego.

3.—Tampoco es la negativa a la institucionalización de la Asamblea de Parlamentarios la crítica general a la contrapropuesta del Gobierno, sino el hecho de que no se contemplase la creación de una Asamblea legislativa que hiciese del Gobierno autónomo algo más que el puro ejecutor de las órdenes emanadas de Madrid. Tampoco existe razón alguna para que los miembros de dicha Asamblea tuvieran que ser precisamente los parlamentarios de las Cortes españolas por obra y gracia de un Decreto-Ley.

4.—Son muy pocas y muy concretas las fuerzas políticas que aceptan el criterio que parece proponer el secretario general del PC de G (PCE), de acceso a la Xunta de Galicia, esto es, que los votos de Guadalajara —es sólo un ejemplo— puedan conceder representatividad alguna en Galicia. ■ **MARIO LOPEZ RICO**, miembro de Secretaría Xeral Colegiada do Partido Socialista Galego (PSG) (Santiago de Compostela).